

DON MANUEL CASTILLO

Este popular poeta nació en Arequipa en 1814, época en que fué fusilado el bardo arequipeño Melgar. Ha seguido la carrera de empleado de Hacienda desempeñando actualmente la contaduría de la aduana de Islay.

EN MEMORIA DE MIS HIJAS

¡ Blancas palomas que fueron
El encanto de su nido !
Apenas alas tuvieron
Y en el éter se perdieron
Como en el viento el sonido.

Copas llenas de ambrosía
De purísima fragancia,
Cuyo aroma se extendía
Cual la paz y la alegría
Sobre el seno de la infancia.

Cuyo balsámico aliento
Era efluvio de la aurora,
Y era el manso y suave acento
Que se adormece en el viento
Con ilusión seductora.

¡ Puras gotas de rocío
Que en una flor se encontraron !
Flor cuyo cáliz sombrío
Era yo y el llanto mío
La fuente en que se formaron.

¡ Hijas del alma ! Algún día
Entre mis brazos os vi :
¡ Oídme ! si mi agonía
Prosigue lenta é impia
Volved los ojos á mí.

Á UNA POETISA

¡ Ángel de amor ¡ ! Espíritu sublime !
¿ Por qué la mano del pesar te hiere ?
¿ Por qué tu vida entre congojas muere ?
¿ Por qué no te alzas á los cielos, dime ?

¿ Por qué tu corazón lanza un gemido
Misérrimo, letal, desgarrador,
Que rompiendo los velos del olvido
Se pierde en los arcanos del dolor ?

¿ Por qué tu frente misteriosa inclinas
Ultrajando tu origen celestial,
Y lloras y te abates, y caminas
Herido el seno con atroz puñal ?

¿ Por qué estás como el ave solitaria
Que rabaron su nido de placer ?
¿ Por qué elevas tu fúnebre plegaria
Sobre la dicha que tuviste ayer ?

¡ Tanta desolación, tanta tristeza
En tus profundos sentimientos hay
Que tus notas hinchidas de ternura
Brotan del alma sollozando un ay !

Por eso tus volcánicos cantares
Derraman por doquiera la aflicción ;
Por eso como lava tus pesares
Calcinan tu doliente corazón.

¡ Oh ! no llores así, blanca paloma,
Que tienes hermosura y juventud...
Quizá el mañana bendecido asoma
Bordando con su luz á tu laud.

Quizá las negras horas de amargura
Como nubes sombrías pasarán,
Como pasa del bosque en la espesura
El ronco rebramar del huracán.

Quizá algún día brillará sereno
Sobre tu frente angelical el sol,
Y dará paz á tu agitado seno
Como da á las auroras arrebol.

¡ Ay ! infeliz de aquél que nunca alcanza
Mirar la sombra del perdido bien !
Está muerta la luz de la esperanza,
Muertas las horas del placer también.

Y errante, y solitario y moribundo,
Apurando la copa del dolor,
Cruza el desierto límite del mundo
Sin amigos, sin gloria y sin amor.

Y esa no es tu misión... que tú eres bella,
Melancólico cisne del pesar.
Aun derramas perfumes en tu huella,
Aun hay consolación en tu cantar ;

Aun las notas que el amor te inspira
Hacen al mismo amor estremecer...
Tu ardiente corazón es una pira,
Porque es el corazón de una mujer.

Aun te falta cantar la luz, las flores
Mecidas en el mágico pensil,
Cuando risueñas aspirando amores
Abren su cáliz al hermoso abril.

El eco ronco de aquilón bravío,
Que se dilata por el turbio mar,
El rumor vago del profundo río,
La aurora que nos viene á despertar.

La luna con su lánguido desmayo
Cuando alumbra una lágrima de amor,
Cuando refleja su muriente rayo
Allá en las soledades del dolor.

Poética mujer, ¿tú pides calma,
Pides mengua á tu misera ansiedad?
Sabrás que templa del poeta el alma
El recio vendaval, la tempestad.

Que si tiende su vuelo al Infinito
De Dios el soplo rapidísimo es ;
Si del fondo del alma lanza un grito
Rueda el mundo falaz bajo sus pies.

Entonces libre por el éter gira
Rozando con su frente el porvenir...
En torno suyo los planetas mira
Del vacío en el piélago surgir.

Levanta el vuelo á tan sublime altura,
Mujer que sabes con pasión amar,
Que también el amor y la ternura
Tienen lágrimas dulces que llorar.

Tiende tus alas, serafín ardiente,
De la corona inmarcesible en pos
Y al tocar el cénit resplandeciente,
Unja tus sienes con su aliento Dios.

LA LUNA

Á MI AMIGO

D. EDUARDO DE PONCIGNÓN

¡ Qué hermosa estás en el cielo,
Blanca Luna solitaria !
Á ti se alza mi plegaria
Con la fé del corazón.
Por el éter sonrosado
Serenó, puro, sin nubes
Hacia el cénit blanda subes
Como tímida oración.

Un mar de luz de tu frente
Se derrema en el espacio,
Y tu espléndido palacio
Es la tibia inmensidad.
Por ella surges, dejando
Con magnética fragancia
Los recuerdos de la infancia,
Las delicias de otra edad.

Esa tu luz argentina
Trae á mi frágil memoria
Magnetizada la historia
De mi plácida niñez :
Allí está el hogar querido
Allí las blancas visiones,
La quietud de mis pasiones
Mi apacible languidez.

Contigo viene el sonido
De la mística campana
De la torre más cercana
Que acostumbramos oír.
Y esa música remota
Dentro la mente adormida,
Deja una nota escondida
Que no se puede extinguir.

¡ Cuántas veces he sentido
Profunda melancolía,
Mirando tu faz sombría
Por entre nubes rodar,
Como rueda mi barquilla,
Al través de la tormenta,
Cuando horrisona revienta
La fuente de hondo pesar !

Yo te vi, Luna, algún día
Sobre campo de bonanza,
Más bella que la esperanza
Y más feliz que el amor.

¡ Blanca, luciente, sublime,
Derramabas resplandores
Con magnéticos fulgores
En los valles del dolor !...

Tú revelas los secretos
Más recónditos del alma,
Con tu purísima calma,
Con tu majestad gentil,
La brisa está soñolienta
En la callada laguna,
Y sólo zumba importuna
La aguda voz del reptil.

¡ Hondo silencio !... Las flores
Ciernen el pétalo bello
Guardando tibio el destello
De tu suave rosicler.
Reminiscencias dichosas
De romántico reflejo
Surgen del alma al espejo
Y se vuelven á perder.

Sobre torreón carcomido
Sentado á su rota almena,
Le he visto cruzar serena
Por un océano de luz.
La majestad de la noche
El rumor del monte, vago,
Su imagen dentro del lago
Reproducida al trasluz.

Del grillo la queja flébil
Que entre la yerba se esconde
Y la soledad responde
Su monótono plañir.
Dejan en mi tal encanto,
Tanta magia y melodía,
Que en torrentes de armonía
Siento mi espíritu hervir.

Lámpara eterna del cielo
Sobre el éter suspendida,
Eres, ¡ oh Luna ! consuelo
De aquél que gime en el suelo
Batallando con la vida.

Con tu resplandor bendito
Se inflama la seca frente
Del desdichado proscrito,
Que manda á la patria ausente
Del alma un ¡ ay ! infinito.

¡ Planeta de mis ensueños,
Virgen de paz y de amor !
Derrama suaves beleños,
Y dame vírgenes sueños
Que suavicen mi dolor.

¡ Qué hermosa estás !... muy hermosa
Desde que el soplo divino,
Te señaló tu camino
Inmutable — siempre fiel.

Solo un Dios Omnipotente
Pudo anudar con su mano
Del universo el arcano
Impenetrable — Solo Él.

Siglos, tras siglos, rodando
Sobre tu órbita inmensa,
Eres péndola suspensa
Del mundo en oscilación.
De innumerables estrellas
Tu luz á su luz absorbe :
Si el Sol es alma del orbe
Tú serás el corazón.

¡ Oh Luna ! ; cuántas escenas
Miraste desde esa altura,
Siempre impasible y segura
La majestad de tu sien !
De amor el primer latido
Te mandó su fuego santo,
Mas tu luz avivó el llanto
Del proscrito del Edén.

Un día solo... tu disco
Cadavérico, tremente,
Lanzó un grito de repente,
Y el universo gimió,
Y retemblaron los cielos,
La tierra cayó en desmayo,
Y de perfil un rayo
Sobre el Gólgota brilló ;

¡ Y ese rayo... La agonía
Del Hombre-Dios alumbraba
Y pálido titilaba
Sobre el ara de la cruz !...
¡ Él, de esa lágrima eterna
Que resbaló á su mejilla
Deslustrada y amarilla
Recogió la última luz !

¡ Ay ! desde entonces, el misterio
Tu faz perdurable baña;
Y esa mancha que la empaña
El crimen es de Salem.
¡ Pobre Salem !... Desde entonces,
Indiferente iluminas
El alcazar y las ruinas,
Las fuentes del mal y el bien.

Luna, prosigue entre tanto
Tu silenciosa carrera,
Inspira al Orbe doquiera
Sueños de amor y virtud.
Presta consuelo al que llora,
Á la virgen esperanza,
Al navegante bonanza,
Y armonías al laud.

ELOÍSA LANAO

Deja que rompa funeral gemido
Y en los sepulcros mi dolor estalle.
¡ Porque ha muerto la tórtola del valle
Dejando ¡ ay ! triste, solitario el nido !

Una esperanza virginal era ella
Con el aura sutil acariciada
Blanca, sublime, misteriosa y bella
Por el hermoso porvenir velada.

Y, cuando alzaba su tranquila frente,
Y entre bellezas mil resplandecía,
¡ Oh ! quién pudo pensar, que ya inclemente,
La Muerte á su dintel la sonreía.

¡ Duerme en el seno de eternal reposo
Prenda querida del amor más tierno,
Mientras tu Padre, y tu infeliz esposo
Riegan tu losa con su llanto eterno !

Á UN NIÑO

Por no mirar la luz, del seno obscuro
Donde yaciera tu inocente niño,
Salvó glorioso de la vida el muro
Y al cielo se elevó, tan blanco y puro
Como la nube de argentado armiño.

EN EL ÁLBUM

DE MERCEDES B. DE DORADO

Se evaporó la fragancia
De mi ciega inspiración
Desde mi penosa infancia...
Y fué su tumba la estancia
Doliente del corazón.

Ya no conservo la nota
De mi festivo Cantar,
En mi seno gota á gota
Cayó la savia que brota
Sólo el árbol del pesar.

Yo no podré, amiga mía,
Á tu mérito ofrecer
Más que mi larga agonía,
Y una lágrima sombría
Que siempre suele beber.

— 79 —

Funesto libro por cierto
Debe ser el tuyo hermosa
En que divaga encubierto
Sólo el recuerdo de un muerto,
De una sombra misteriosa.

Mis esperanzas murieron
Y su lugar ocuparon
Dulces memorias que fueron
Y tiernísimas ardieron
Y después ¡ ay! se apagaron.

¡ Oh ! nunca permita el cielo,
Que sufras tú bella flor,
El amargo desconsuelo,
Que yo sufro en este suelo
Bajo el peso del dolor.
